

Introducción: Un poco de filosofía

El origen del mundo y del hombre han despertado interés desde tiempo inmemorial. Hace 5000 años, cuando se inventó la escritura, al principio servía solo para anotar gastos e ingresos, según dicen los historiadores, pero no tardaron en darse cuenta de que también era útil para contar historias, y uno de los primeros temas fue, precisamente, la cosmogonía.

En Mesopotamia, el poema cosmogónico *Enuma elish* es, junto con la épica de Gilgamesh, la principal aportación literaria de la civilización babilónica. Tanto esta, como la egipcia, india, griega, y muchas otras, creían que el mundo empezó en el caos, usualmente acuoso. En algún momento, surgió del agua el primer ente organizado, el huevo cósmico, una flor de loto, o algo parecido. Sólo después aparecen los dioses, que por tanto desempeñaban un papel secundario en la creación del mundo.

En este contexto, el capítulo primero del Génesis, que resume la cosmogonía hebrea, representa una novedad: Dios es anterior a cualquier otro ser organizado (aunque quizá coexista con el caos) y la creación es exclusivamente obra suya.

Hoy la cosmología se ha convertido en una rama de las ciencias físicas. Por eso es curioso que sea precisamente esta ciencia la que, desde la segunda mitad del siglo XX, ha vuelto a traer al primer plano el debate sobre la existencia de Dios, que los ateos del siglo XIX y principios del XX creían (erróneamente) completamente descartada por la ciencia.

Las tres fuentes del conocimiento

Antes de entrar en materia, sería conveniente recordar que todo el conocimiento humano procede únicamente de tres fuentes diferentes:

1. La autoridad: lo que nos dicen otras personas que nos parecen dignas de confianza. Los niños aprenden de sus padres y profesores; los adultos, de otros adultos, de los libros y de los medios de comunicación; los científicos, de los libros de texto y las comunicaciones científicas en revistas y congresos; y todos nosotros, de Internet. La credibilidad de todas estas fuentes no siempre es digna de confianza¹, pero la autoridad es el origen de la mayor parte de nuestros conocimientos. En el caso de la ciencia, me atrevería a decir que más del 99 por ciento de lo que sabemos, lo sabemos por autoridad. Nadie ha realizado personalmente una proporción significativa de todos los experimentos que se han llevado a cabo a lo largo de la historia. Sin embargo, todos los científicos dan por supuesto que lo que saben sobre los resultados de dichos experimentos es correcto. De hecho, de acuerdo con el método científico, un experimento se considera digno de confianza cuando dos equipos diferentes han obtenido los mismos resultados al realizarlo. A partir de ahí, el experimento pasa a formar parte del acervo científico y nadie suele molestarse en repetirlo de nuevo.

En el caso de la existencia de Dios, el argumento de autoridad se ha utilizado a menudo. Es un hecho que la mayor parte de la humanidad ha tenido (y sigue teniendo) una u otra creencia religiosa, que usualmente (no siempre²) lleva implícita o explícita la idea de la existencia de Dios. Se aduce también que algunos de los más admirados pensadores y científicos (como Platón, Aristóteles, o Isaac Newton) creían firmemente en la existencia de Dios. Hoy día, este tipo de argumentos se utiliza poco, porque los ateos suelen responder a ellos de dos formas diferentes:

- Ciertas creencias, generalizadas en la humanidad desde tiempo inmemorial, han sido rechazadas posteriormente como consecuencia de algún descubrimiento. Por ejemplo, Platón y Aristóteles creían equivocadamente (como casi todo el mundo en su época) que la Tierra estaba en el centro del universo. De igual manera, todos los científicos que vivieron antes del siglo XIX creían en la creación directa de cada una de las especies animales y vegetales por parte de Dios, pues no conocían la teoría de la evolución. De acuerdo con los ateos, la fe en la existencia de Dios es una de esas creencias erróneas que habría que rechazar, aunque no haya ningún descubrimiento reciente que obligue a tomar esa decisión.

¹ Hace unos años, realicé una búsqueda en Google de la frase "ladran, luego cabalgamos" y encontré decenas de atribuciones al Quijote, todas ellas incorrectas, pues esas palabras no aparecen en el libro. Actualmente sí salen atribuciones correctas, pero aún sobreviven varias equivocadas.

² El budismo hinayana y el jainismo son religiones ateas.

- El otro argumento, complementario con el anterior, es la imagen especular del argumento de autoridad de los creyentes, y podríamos llamarlo el argumento *de los admirados científicos ateos*. En un libro reciente³, Richard Dawkins dedica la mitad del capítulo 1 a convencernos de que *Einstein no creía en un Dios personal* (cosa que ya sabíamos). En el capítulo 2 afirma, más de una vez, que la mayor parte de los políticos fundadores de los Estados Unidos eran ateos, aunque muy pocos se atrevieron a reconocerlo públicamente (supongo que por eso imprimieron *In God we trust* en sus billetes de banco). También sugiere que Thomas Huxley, que inventó la palabra *agnóstico* para aplicársela a sí mismo, en realidad debía de ser ateo, aunque no lo reconoció por *plegarse a las exigencias de la época*. Confiesa que *Newton... afirmaba ser religioso. Lo mismo hizo casi todo el mundo [en su época]*. Le ha faltado poco para afirmar que Newton también fue un ateo oculto. Además, hace esto justo después de arremeter contra el argumento teísta de los *admirados científicos religiosos*, dando con ello una muestra de incoherencia: si no admite uno, ¿no debería rechazar también el otro? Y suponiendo que lo presente simplemente para contrarrestarlo, no haría falta dedicarle tanto espacio, bastaría con mencionarlo. Pero Dawkins le dedica gran parte de los dos primeros capítulos, con lo que parece darle importancia en sí mismo.
2. La experiencia: todo lo que hemos experimentado por nosotros mismos. A lo largo de la vida, nuestras experiencias van acumulándose y abarcando un número creciente de nuestros conocimientos (aunque no necesariamente una proporción creciente). Por otra parte, también podemos perder experiencias (a través del olvido). Finalmente, hay que recordar que tampoco esta fuente del conocimiento está libre de errores: nuestros sentidos pueden engañarnos (existen ilusiones ópticas y acústicas); nuestro cerebro también (alucinaciones, falsos recuerdos).

Respecto a la existencia de Dios, la experiencia también puede servir como fuente significativa del conocimiento. Muchos seres humanos, de distintas religiones, afirman haber tenido *experiencias de Dios*, con consecuencias espectaculares: quien las ha tenido suele alcanzar una certidumbre absoluta de que Dios existe⁴. Lo malo es que estas experiencias no son fáciles de comunicar a los demás. Es difícil (algunos dicen que imposible)

³ R. Dawkins, *The God Delusion*, 2006.

⁴ Un ejemplo: André Frossard, *Dieu existe, je L'ai rencontré*, Le livre de poche, 1972. Frossard, escritor e hijo del primer secretario general del partido comunista francés, pasó del ateísmo al cristianismo tras una de estas experiencias.

hacer comprender lo que se ha sentido a personas que no han pasado por ello, cuya reacción natural es dudar de esas experiencias.

Ante la experiencia de Dios, los ateos suelen aducir que se trata de alucinaciones o delirios y les niegan toda credibilidad, comparándolas con los casos de “abducción” por extraterrestres que surgen de vez en cuando⁵. Sin embargo, entre la experiencia de Dios y la “abducción” hay una diferencia fundamental: en la segunda, es posible someter al “paciente” a vigilancia intensiva, de modo que la próxima vez que la experiencia pueda demostrarse que los supuestos extraterrestres nunca aparecieron, probando así que la experiencia no fue real, sino que tuvo lugar en la mente del “paciente”. En las experiencias de Dios, por el contrario, estos controles no sirven, pues nadie ha afirmado jamás que Dios se comunique con nosotros de forma perceptible por los demás o detectable mediante instrumentos científicos. Por consiguiente, aunque los creyentes nunca podrán demostrar que sus experiencias son genuinas y no contienen elementos alucinatorios, los ateos tampoco podrán probar que sí los contienen.

Cuando un ateo niega la realidad de la experiencia de Dios y la llama alucinación, actúa igual que los personajes del cuento de H.G. Wells, *El país de los ciegos*, que muestra lo difícil que es comunicar una experiencia individual a quien no puede percibirla. En ese cuento, una persona con vista llega a un país donde todos son ciegos. A pesar de sus esfuerzos, no consigue convencerlos de que él puede ver, ni siquiera de que existe la vista. Todas sus explicaciones las toman por alucinaciones. Al final deciden extirparle los ojos, que han identificado como la causa probable de que tenga esas alucinaciones.

3. El razonamiento: el uso de la razón para deducir, inducir o abducir nuevos conocimientos a partir de los que ya poseíamos. A este método de adquisición de conocimientos va a dedicarse el resto de este libro.

Desde el punto de vista de la metodología empleada, existen tres modos de razonamiento diferentes:

- La deducción. Es el método empleado por las Matemáticas, y permite obtener, con absoluta certeza, conocimientos nuevos a partir de otros antiguos. Veamos, como ejemplo, el siguiente silogismo:

Todos los caballos de este establo son blancos
Este caballo es de este establo
Luego este caballo es blanco

⁵ Estos casos son muy antiguos, pero hace siglos no se consideraban abducciones por extraterrestres, sino por elfos y hadas. Aunque en algunos casos ha habido fraude, está contrastado que muchos de los “abducidos” describen sinceramente lo que creen que les ha sucedido.

El primer término se llama *premisa* mayor; el segundo, *premisa* menor; el tercero, conclusión. Si las dos premisas son verdaderas, la confianza en la conclusión que proporciona es absoluta. Es posible decir que este método de razonamiento no añade realmente información nueva, tan solo la hace explícita, porque la conclusión ya estaba implícita en las premisas. Del mismo modo, si demostramos un teorema matemático partiendo de un conjunto adecuado de axiomas y utilizando ciertos métodos de derivación (como *modus ponens*, o la *reducción al absurdo*), también puede considerarse que el teorema estaba ya implícito en los axiomas.

- La inducción. Es el método utilizado primordialmente por las ciencias experimentales. En este caso, cuanto mayor sea el número de predicciones correctas de una teoría, mayor confianza podremos tener en que es correcta. Pero, al revés que la deducción, la certeza que proporciona este método nunca es absoluta: las teorías científicas son siempre provisionales, mientras no aparezcan resultados que las contradigan. Para ilustrar cómo funciona este modo de razonamiento, transformaremos el silogismo del ejemplo anterior de la manera siguiente:

Este caballo es de este establo
Este caballo es blanco
Este otro caballo es de este establo
Este otro caballo es blanco
...
Luego todos los caballos de este establo son blancos

En este caso, la premisa menor y la conclusión del silogismo representan las observaciones experimentales. La premisa menor desempeña el papel de las condiciones en que se realiza cada experimento, la conclusión es su resultado. La premisa mayor (que pasa a ser el resultado final del razonamiento) corresponde a las leyes físicas que inducimos al poner en conjunto los resultados de cierto número de experimentos. Cuantas más veces repetimos el experimento (u otros equivalentes) y obtengamos los mismos resultados, mayor será nuestra confianza en la validez de las leyes inducidas.

- La abducción⁶. Es el método utilizado primordialmente por las ciencias sociales (historia, arte, economía). Este método proporciona menos cer-

⁶ Aunque son homónimas, esta acepción de la palabra abducción no tiene nada que ver con la abducción por extraterrestres mencionada más arriba.

tidumbre que los dos anteriores, pero eso no quiere decir que su utilidad sea nula. Para ilustrar cómo funciona, transformaremos así el silogismo que venimos utilizando:

Todos los caballos de este establo son blancos
Este caballo es blanco
Luego este caballo es de este establo

Este método no debe confundirse con la falacia de la afirmación del consecuente, que tiene la misma forma. De hecho, si intentásemos aplicar un solo silogismo modificado como el del ejemplo, incurriríamos en la falacia. Como la inducción, la abducción se apoya en la acumulación de datos, a cada uno de los cuales le corresponde un razonamiento de este tipo, todos los cuales comparten la misma conclusión. Así trabaja, por ejemplo, un experto en arte cuando analiza los rasgos de un cuadro y decide que probablemente fue pintado por Rembrandt⁷.

Desde el punto de vista del contenido, existen distintas formas de razonamiento:

- Razonamiento filosófico
- Razonamiento científico
- Razonamiento histórico
- Razonamiento estético
- Razonamiento ético
- Etcétera

Si hablamos de la existencia de Dios, todas estas formas se han utilizado en algún momento para tratar de justificar su existencia o su inexistencia (según el punto de vista, teísta o ateo, del razonador). No es mi intención, ni el objetivo de este libro, ser exhaustivo en esta cuestión, de modo que voy a limitarme a hacer aquí una mención muy breve de algunos argumentos filosóficos, estéticos y éticos. El resto del libro se dedicará exclusivamente a la cuestión de la existencia de Dios a la luz del razonamiento científico.

Argumentos filosóficos

Existen muchos argumentos filosóficos que intentan demostrar la existencia de Dios. Los más conocidos entre los clásicos son:

⁷ Todos los cuadros de Rembrandt presentan estos y aquellos rasgos, usan pintura de tal tipo, el lienzo tiene tal estructura, etc. Este cuadro presenta esos rasgos, está hecho con esa pintura, tiene ese tipo de lienzo, etc. Luego es probable que este cuadro sea de Rembrandt.

1. El argumento ontológico, cuyo planteamiento más citado es el de San Anselmo de Canterbury en su *Proslogion*⁸. En resumen, y expresado en forma de silogismo, este argumento dice:

El hombre es capaz de imaginar un ser perfecto en todo.
Todo ser que existe es más perfecto que uno que no existe.
Luego ese ser perfecto tiene que existir, pues si no existiera
no sería perfecto en todo.

Este silogismo es válido, pues la conclusión es consecuencia de las premisas. El problema para su aceptación general está en las premisas, que no son verdades admitidas por todo el mundo, especialmente la mayor. ¿Somos realmente capaces de imaginar un ser perfecto en todo? ¿Qué se entiende por imaginar? ¿Hasta qué punto tenemos que definir a ese ser hipotético para poder afirmar que lo imaginamos? Es obvio que no podemos conocer todas sus propiedades, como mucho sólo algunas. ¿Podemos decir que hemos imaginado a un ser al que hemos definido sólo parcialmente? Y aunque pudiésemos imaginarlo, ese ser perfecto podría ser una pura abstracción, algo así como un concepto, con lo cual entraríamos en la histórica polémica entre nominalistas y realistas: ¿existen realmente los conceptos?

La premisa menor también presenta problemas. La afirmación de que un ser que existe es más perfecto que otro que no existe parecía evidente para una mentalidad educada en la filosofía de Aristóteles, pero no lo es para el hombre del siglo XX. Algunas corrientes del pensamiento filosófico moderno dudan de ello.

2. Las cinco vías de Santo Tomás de Aquino⁹. Veamos la segunda, la más famosa:

Todo efecto supone una causa.
No es posible remontarse al infinito en la sucesión de causas.
Luego existe una causa primera.

Este silogismo resultaba evidente para Aristóteles o Santo Tomás de Aquino. Durante la Edad Media, o incluso el Renacimiento, a nadie se le habría ocurrido ponerlo en duda. Pero a partir de finales del siglo XVIII, las cosas cambiaron y se puso en discusión que un universo con duración ilimitada necesite una causa. Hablaremos de esto más adelante.

⁸ Es interesante la versión de este argumento desarrollada por el famoso matemático Kurt Gödel, que puede encontrarse en http://en.wikipedia.org/wiki/G%C3%B6del%27s_ontological_proof

⁹ *Summa Theologica*, I, Q.2, Art. 3.

La cuarta vía puede reducirse al siguiente razonamiento:

Los grados de perfección en las cosas se dicen con relación a su máximo.

No se puede establecer relación con algo si este algo no existe.

Luego existe un máximo de todas las cualidades y perfecciones.

En un entorno científico, la premisa mayor es discutible. Por ejemplo, decimos que las cosas están más o menos calientes, no con relación a un máximo, un infinito de calor, sino por simple comparación mutua. Claro es que la temperatura no es un *grado de perfección*, pero la filosofía relativista de hoy día tiende a pensar que lo que antes se llamaba *grados de perfección* no son más que propiedades.

La quinta vía, el argumento del diseño, recurre al orden y la complejidad de las cosas para deducir la necesidad de un diseñador. En el siglo XVIII fue muy popular en la versión de Robert Boyle y William Paley, que compara el universo con un reloj. Hoy se le da una forma diferente, que se basa en la sorprendente adaptación de las leyes físicas para la existencia de la vida (el problema del ajuste fino). Hablaremos de esta vía con más detalle, en su forma científica, a lo largo de este libro.

Existen numerosos argumentos filosóficos más modernos. Citaré únicamente dos, que en el fondo son dos versiones del mismo argumento:

3. El argumento de la intencionalidad¹⁰: Una proposición P es una afirmación que puede ser verdadera o falsa. Además, P puede estar en relación lógica con otras proposiciones. Por último, P tiene una intencionalidad, es decir, se refiere a alguna componente de la realidad. Así, por ejemplo, si P es la afirmación *Juan corre*, P se refiere a Juan. Por otro lado, toda proposición P corresponde a una representación mental de alguien. Este argumento puede resumirse en el siguiente silogismo:

Si nuestras actividades mentales están determinadas por el estado de nuestras neuronas, nuestras representaciones mentales no pueden referirse a nada.

Pero nuestras actividades mentales se refieren a algo.

Luego nuestras actividades mentales no están determinadas por el estado de nuestras neuronas.

Ahora bien, si el estado de nuestras neuronas no determina nuestras

¹⁰ Victor Reppert, *C.S.Lewis's dangerous idea*, 2003.

actividades mentales, el materialismo¹¹ queda refutado, es decir, existe algo más que la materia. ¿De dónde procede ese algo? De un Dios creador.

Para contrarrestar este argumento, algunos filósofos de la mente (los materialistas eliminativos) niegan la segunda premisa (que nuestras actividades mentales se refieran a algo), con lo que se ven obligados a negar que tengamos creencias de ningún tipo. Pero esto tiene la consecuencia lógica de que no es posible creer en el materialismo eliminativo, pues implica que las creencias no existen¹².

4. El argumento EAA (Evolutionary Argument Against Naturalism)¹³: Formulado por Alvin Plantinga, puede resumirse con la siguiente cadena de razonamientos:

Es poco probable que nuestro razonamiento sea válido si se parte a la vez de las hipótesis evolucionista y materialista (E&M).

Quien vea esto y acepte E&M puede refutar la validez del razonamiento (VR).

Esta refutación no puede ser refutada.

Quien puede refutar VR puede refutar cualquier resultado de VR, como E&M. Luego E&M se autorrefuta.

Plantinga no niega la teoría de la evolución: afirma que dicha teoría es incompatible con la hipótesis materialista, y justifica la primera premisa de la siguiente manera:

Desde el punto de vista materialista, una creencia es un suceso o estructura en el sistema nervioso... Esa estructura tendrá dos clases de propiedades: neurofisiológicas (como el número de neuronas afectadas, la tasa de disparo, la forma en que se conectan con otras estructuras...) Pero si se trata de una creencia, tendrá también una propiedad mental; tendrá contenido; existirá una proposición P tal que esa creencia se refiere a P.

Partiendo del materialismo, las propiedades físicas (neurofisiológicas) y mentales de una creencia pueden relacionarse de tres maneras. a) Mate-

¹¹ Cuando en este libro se habla de *materialismo* (también llamado *naturalismo*) me refiero al *materialismo metafísico*, la afirmación de que sólo existe la materia, que no debe confundirse con el *materialismo metodológico*, la suposición de que no habrá interferencias sobrenaturales durante el desarrollo de los experimentos científicos.

¹² Puede verse una crítica de este argumento y otros relacionados, desde el punto de vista ateo, en el artículo de Richard C. Carrier *Critical Review of Victor Reppert's Defense of the Argument from Reason*, 2004, http://www.infidels.org/library/modern/richard_carrier/reppert.html#afi

¹³ Alvin Plantinga, Daniel Dennett, *Science and Religion, Are They Compatible?*, 2011.

rialismo reduccionista: toda propiedad mental es idéntica a una propiedad física. b) Materialismo no reduccionista: las propiedades mentales no pueden reducirse a propiedades físicas, pero se relacionan con ellas por necesidad lógica (metafísica); c) o por necesidad nomológica (histórica y cultural).

Sea una creencia B, cuya posesión tiene valor adaptativo. Plantinga analiza los tres casos anteriores y llega a la conclusión de que ninguno de ellos exige que haya relación alguna entre el valor adaptativo de la creencia y su verdad. Por lo tanto, dada una creencia adaptativa, la probabilidad de que sea verdadera es del 50% (o sea, no sabemos nada). Por lo tanto, nuestras facultades cognitivas no son dignas de crédito. Esta conclusión es la primera premisa.

Quienes se oponen a este razonamiento (como Daniel Dennett) aceptan que es correcto, pero niegan la primera premisa, aduciendo que el conocimiento de la verdad tiene valor adaptativo y que, por tanto, la selección natural lo ha favorecido, lo que aumenta su probabilidad.

Argumentos estéticos

5. El argumento de Mozart¹⁴: ¿Por qué somos capaces de apreciar la belleza? Según la hipótesis materialista, la evolución nos ha llevado a este resultado como subproducto inexplicable, pues no se ve de qué manera este rasgo podría resultar útil para nuestra supervivencia. Lo más probable es que, en vez de la buena música, deberíamos haber llegado a apreciar la cacofonía, que es más abundante en la naturaleza. Desde la hipótesis de la existencia de Dios, sin embargo, es fácil explicarlo, partiendo de la base de que Dios aprecia la belleza (de hecho, Dios es la belleza).

Argumentos éticos

6. El más conocido es el que desarrolló C.S.Lewis¹⁵. Entre nuestras normas morales, hay algunas que son objetivas (aceptadas por todos los seres humanos, sin excepción). Estas normas no encuentran justificación en función de hechos físicos, químicos o biológicos. Parecen exigir la existencia de un legislador externo (Dios).

¹⁴ A.Plantinga, *Two dozen (or so) theistic arguments*, lecture notes, http://www.calvin.edu/academic/philosophy/virtual_library/articles/plantinga_alvin/two_dozen_or_so_theistic_arguments.pdf

¹⁵ *Mere Christianity* (1952).

Una versión curiosa de este argumento¹⁶ da la vuelta al argumento del mal, el más utilizado por los ateos para justificar la inexistencia de Dios (un Dios bueno no permitiría que hubiese tanto mal en el mundo). Según esta versión, en el mundo existen males aborrecibles, no como efecto de opiniones personales, sino porque el hecho en sí es horrible. Pero en un universo materialista un mal aborrecible no podría existir. Luego el materialismo (metafísico) es insostenible.

7. También pertenece a este grupo el argumento de Kant¹⁷, que puede resumirse así: todo ser humano tiene ansia de alcanzar la perfección, por lo tanto debe ser posible alcanzarla. Como en esta vida es imposible (exigiría un tiempo infinito), tenemos que ser inmortales. Pero sólo Dios puede otorgarnos la inmortalidad, luego Dios existe.

Conclusiones

Ninguno de estos argumentos es absolutamente convincente: los ateos encuentran siempre forma de refutarlos, usualmente negando alguna de las premisas, pues los razonamientos propiamente dichos suelen ser correctos. Es curioso, por otra parte, que algún ateo haya llegado hasta el extremo de formular el siguiente argumento contra la existencia de Dios:

Los teístas llevan siglos tratando de demostrar la existencia de Dios, pero todos sus intentos han fallado. Luego habría que concluir que Dios no existe.

A cualquiera se le ocurre que podría formularse un argumento análogo respecto al ateísmo:

Los ateos llevan siglos tratando de demostrar la inexistencia de Dios, pero todos sus intentos han fallado. Luego habría que concluir que Dios existe.

Los ateos, que siempre tratan de cargar los dados a su favor (como veremos varias veces a lo largo de este libro), responden a esto que la carga de la prueba recae sobre los teístas, no sobre ellos: los ateos no tienen por qué tratar de demostrar que Dios no existe. Les basta con refutar los argumentos teístas.

Veamos una forma más elaborada de este argumento ateo:

Tenemos dos hipótesis contradictorias:

1. Dios existe.
2. Dios no existe.

¹⁶ A. Plantinga, *Two dozen (or so) theistic arguments*.

¹⁷ *Crítica de la razón práctica* (1788).

Para confirmar la primera basta con una prueba de existencia. La segunda es una afirmación de inexistencia que, como toda proposición de este tipo, no se puede demostrar (porque habría que buscar en todo el universo y en todos los tiempos), pero sí se puede demostrar que es falsa: bastaría con presentar a Dios, o una prueba irrefutable de su existencia.

Tras mucho tiempo intentando corroborar la primera hipótesis, no se ha podido presentar una sola prueba que convenza a todos, ni demostrar la falsedad de la segunda. Ante esta situación, en cualquier argumento científico se acepta la segunda hipótesis como válida. Esto se ha hecho muchas veces en la historia de la ciencia. ¿Por qué esta cuestión debería recibir un tratamiento distinto?¹⁸

En definitiva: se afirma que las dos hipótesis (teísta y atea) no son equivalentes: la segunda sería una proposición de carácter científico, pues es posible demostrar que es falsa, mientras que la primera no sería científica, sino metafísica, al no ser falsable.

Este análisis es incorrecto. Las afirmaciones de inexistencia son peculiares. Por un lado, como dice el argumento, es imposible demostrarlas, pero ¿siempre son falsables?

Veamos un ejemplo: La afirmación no existen inteligencias extraterrestres es falsable. Basta diseñar un experimento controlado (que no tiene por qué ser realizable aquí y ahora, puede ser mental, como los que tanto gustaban a Einstein) que demuestre que las inteligencias extraterrestres existen:

Supongamos que nuestra tecnología ha avanzado tanto que ya somos capaces de alcanzar velocidades relativistas, y por lo tanto, de realizar viajes interestelares. Organizamos una búsqueda por los sistemas estelares próximos. Basta con encontrar inteligencias extraterrestres en uno de ellos, para que la afirmación quede falsada. Luego es falsable.

¿Es *Dios no existe* una afirmación de este tipo? En absoluto. Desafío a quienquiera a diseñar un experimento controlado (aunque sea mental) que demuestre que *Dios existe*. La única posibilidad sería que Dios decidiera exhibirse ante todos nosotros, como en la colección de cuentos de ciencia ficción *The day the sun stood still*¹⁹, pero no parece querer hacerlo. Y, como no podemos obligarle a ello, no sería un experimento controlado. Por lo tanto, es imposible de-

¹⁸ Puede verse cómo se hace uso de este argumento en la discusión subsiguiente a este artículo de blog: <http://aecomunicacioncientifica.org/es/blog/13-aecc/72732.html>

¹⁹ P. Anderson, G. Dickson, R. Silverberg, 1972.